

La Segunda Esposa

Christian Passl

"UN THRILLER PSICOLÓGICO ABSORBENTE"

LA SEGUNDA ESPOSA



POR EL AUTOR DE *EL BUEN HERMANO*

CHRISTIAN PASSL

Capítulo 1

CAPÍTULO UNO

Hay un par de tíos fuera de mi consultorio. No dejan de maldecir mi nombre, no le quitan la vista a las ventanas.

He llamado a la policía y han dicho que en cuestión de minutos estarán aquí atendiendo la situación. Pilar también ya dio aviso, les dijo que se fueran o la autoridad se hará cargo. También le dijeron cosas, como era de esperarse.

Tocan la puerta y voy en dirección a ella. Cuando abro, no hace más que refutar que su marido es un imbécil, no quiere recibir terapia, no quiere arreglar las cosas por las buenas. Ahí está mi buena paciente Alma Hall, quien ha cambiado hoy un «Hola, doctora Marshall» por un «No aguanto más al imbécil de mi marido».

—Por cierto, ¿quiénes son esos tíos de allá fuera? —cuestiona, asomándose por la ventana.

—Están enojados porque su madre asiste a terapia conmigo. Se ha divorciado. He llamado a la policía. ¿Te importaría esperar un poco para iniciar?

—No, creo que con este show de hijos malcriados es suficiente. —Aparta la vista de la calle, luego me mira de pies a cabeza, inexpresiva—. ¿Y qué han hecho?

—No dejan de maldecir. Ahora... —Me uno a ella—... fuman hierba.

El coche de policía se asoma por la carretera. Lento, sosegado, como si manejar adolescentes fuera tan fácil con rodar los ojos.

—¿Tenías que llamar a la puta autoridad, Marshall? —dice el chico con playera de Nirvana en cuanto ve el auto.

Alma abre las persianas, luego la ventana y saca la cabeza para gritar con extrema delicadeza:

—¡Púdrete, cabrón!

—¡Alma, cálmate! —exclamo, haciendo que se aparte, pues tiro de su blusa—. Dejemos que ellos lo arreglen.

Un oficial caucásico baja del auto al igual que lo hace su compañero, un tipo debilucho de cabello rubio y despeinado. Se acercan a los dos chicos, que mantienen de manera admirable la tranquilidad. Siguen fumando, no les importa nada.

Quisiera escuchar lo que les dice el oficial, intento leer los labios de alguno de ellos, pero es imposible captar algo. Alma no les quita la vista de encima, se muerde el labio inferior, toca ligeramente las persianas que abrió hace un par de minutos. No decimos nada, solo observamos.

Pilar se asoma en la escena a comentar lo sucedido. Agita las manos mientras habla, el oficial caucásico parece que articula palabra y el rubio anota en una libreta. Los adolescentes la observan hablar, con furia, con desagrado.

—¿No va a bajar, doctora Marshall?

—No, dejemos que Pilar lo haga.

—No está de ánimo, ¿verdad?

La observo.

—¿Por qué lo dices?

—¡Vamos! Un año en terapia me ha enseñado a analizar a una persona. Algo le pasa.

Tiene razón. Lo mejor de mi trabajo es que mis pacientes son lo mejor que me puede pasar durante el día. Escucho sus problemas, pero aún así estoy en la potestad de aconsejarles, de decirles qué caminos pueden tomar para llegar la mejor decisión de sus vidas. Esa es mi profesión, tan humana, tan cercana. Alma es una paciente que sin duda ha aprendido mucho, ha sabido llevar todo lo que le he dicho a mejores términos. El problema verdaderamente es su marido, Sean.

—Qué bien has aprendido.

—¿Quiere contarme qué es lo que le pasa? —pregunta con una sonrisa.

Sopeso la idea. Un psicólogo necesita de otro, a veces.

—La madre de esos dos chicos es una mujer extraordinaria. No puedo revelar mucho por ética profesional, aunque sí te puedo decir que...

escapó de un mal matrimonio. Y mira, sus hijos son ciegos.

—¿Y eso la pone mal? —Los dos adolescentes se suben al auto, Pilar regresa—. Mira, se han ido esos infelices.

Sonríó. Típica pregunta de terapia.

—Me pone mal al ver que no hay apoyo de sus hijos.

—Los hijos son traicioneros.

Entonces la miro con el ceño fruncido. No había escuchado un comentario de gran magnitud como el suyo en los últimos meses. Me cruzo de brazos. Caigo en la cuenta de que seguimos en la ventana, observando nada. El auto de los oficiales desapareció en la lejanía hace unos instantes.

—¿Por qué dices eso?

—Mejor empecemos la terapia.

Camina hacia el sofá, se desploma, apoya su cabeza sobre el borde del espaldar y cierra los ojos, soltando un suspiro, el primero de muchos a partir de ahora. Sentada, la miro de hito en hito.

Empecemos.

Alma vive con su esposo y con Bratt, su hijo de diecisiete años. Un chico bastante atractivo para chicas de su edad, talentoso músico. Hace dos años que se ha estado viendo con una mujer mayor, una mujer casada que, según Alma, es una zorra en busca de jovencitos adinerados que le paguen sus costosos caprichos y le den sexo del bueno. Desde entonces su actitud es vulgar. Sean apoya la relación de su hijo, sin importarle el daño que le está haciendo, porque es consciente de lo complejo que es. Eso dice ella.

Me recuerda un poco a una paciente de hace años. Su marido abusaba de ella y de su hija menor. Asistió a terapia conmigo por casi dos años, le aconsejé denunciar, muchas veces de hecho, y justo cuando lo iba a hacer, cuando tomó la decisión, desapareció. Dos meses más tarde, fue hallada sobre unas viejas vías de tren en lo más profundo de un bosque. Su cráneo fue destrozado debido a múltiples patadas. Atroz.

Alma no es precisamente una mujer que se deje manipular de su marido. O eso es lo que me ha intentado demostrar. Es una mujer un poco más luchadora, más suspicaz, sin embargo, insiste que su imaginación nunca ha

ido tan lejos, como la de otros, así que trata de evitar los errores.

Una vez, mencionó un viaje a las Bahamas, un pequeño viaje improvisado con Sean, una pequeña luna de miel para calmar la marea matrimonial por la que pasaban (por la que siempre han pasado). Y terminó en tragedia: Alma sufrió de un colapso pulmonar a solas.

—Jamás había estado tan cerca de la muerte, doctora Marshall —admitió entonces.

Su vida está basada en una atadura de malos encuentros, malas decisiones, mala suerte y enfermedad. La muerte parece ser su única amiga: ha perdido muchos seres queridos. Eso es lo que dice con frecuencia, nada solemne, nada digno de destacarle.

—Sigue viéndose con esa mujer.

—¿Cuál mujer?

Guarda silencio por un instante, hasta que se hace incómodo.

—Sean se ha estado viendo con otra mujer.

—¿Cómo sabes eso?

—Revisé su portátil —afirma—. Tiene correos y fotos.

—¿Fotos? ¿Cómo? —Me remuevo en mi asiento.

—Se abrazan, van al café, al cine. Comparten demasiado.

Razono con que no debió revisar sus cosas, no es ético, por más que sea su esposo. Una de las causas más comunes que llevan al divorcio, es la infidelidad por parte de los hombres. Bastaba con que Alma cuestionara a Sean o averiguara de otra forma sin violar su privacidad. Luego vendrá la decisión final. El matrimonio es un ramo de flores, se va marchitando poco a poco, aunque no puedes dividirlo cuando se te antoje. Una parte no va a querer.

Alma asiente lo que he dicho. No dice nada, juega con sus manos y sostiene la cabeza gacha. Apunto.

—Hice otra cosa —suelta sin más.

—¿Quieres decirme qué? —interpelo.

—Busqué a la mujer...

—¿Y...?

Se muerde el labio inferior, los ojos le brillan. Piel pálida, piernas ligeramente torcidas, juego de manos. Nervios. Inseguridad en todo su esplendor.

—Mejor dejemos todo aquí, quiero irme.

—Está bien. —Hago una seña con la mano—. Cómo quieras, no voy a obligarte a decirme todo. Puedes irte. Veo que... no te sientes bien.

Se levanta del sofá de un brinco y se dirige a la puerta muy deprisa, pero antes de que desapareciera de mi vista, se detiene y gira a verme con el rostro inexpresivo.

—Ya no soy la mujer de antes.

Y se va.

Ernest Bell. Mi segundo paciente favorito. Cuarenta y cinco años, bipolaridad en fase leve y trastorno de ansiedad no tan avanzado. Su médico suele decirle que es el hijo de la imaginación. Publica novelas de ciencia ficción y misterio en plataformas digitales. Tres libros publicados en papel, uno de ellos reposa en mi biblioteca con su firma de autor bestseller. No lo he leído, pero no es por desinterés, solo que no he tenido el tiempo, y cuando lo tengo, olvido que está allí.

Hoy ha dicho que ha mejorado su ansiedad. Sale más seguido de casa, llama a sus hijos en Ginebra y ha iniciado una nueva historia, esta vez escribe su vida. A memoir. Imagino una foto suya en la tapa blanda.

Está más feliz que nunca. Creo que gracias a él he olvidado el incidente de los muchachos. Por una milésima de segundo los recordé y esa misma milésima me robó la tranquilidad. La recuperé enseguida, porque Ernest soltó una carcajada al contarme que su gato no hace más que buscarle para que le dé comida. Nada más que un instinto de interés natural.

Piernas ligeramente relajadas, poco movimiento de manos, mirada fija y espontaneidad a la hora de contarme sus problemas.

—¿Qué tal Eve? —Su esposa.

De pronto, él sonríe como un niño al que le dicen que irá al parque con sus amigos.

—Una mujer extraordinaria, doctora Marshall —confirma—. Estuvimos hace un par de semanas en Minnesota con viejos amigos. La pasamos increíble.

—Me alegra escuchar eso. ¿A qué has venido?

—¿Quiere que no vuelva, doctora?

—No me malinterpretes, Ernest, pero acudes cuando estás mal, cuando te sientes solo. Te conozco, has venido a por algo.

Su sonrisa se va esfumando gradualmente. Traga saliva, mira al suelo en un punto fijo. Se incorpora, yo me remuevo por enésima vez.

—Quiero hacerle una advertencia, doctora Marshall.

—¿Disculpe?

De repente, siento el pecho hinchado porque sostengo el aire y me comienza a molestar. No sé por qué. ¿Qué sabe de mí? ¿Sabe algo de mis pacientes? ¿Esos chicos lo localizaron y le han dicho algo? Comienzo a crear una bola de estambre en donde almaceno mis interrogantes por culpa de la curiosidad. Está creciendo.

—Mi papá decía que cuando uno sueña con una boda, cosas malas van a pasar.

—¿Soñaste con una boda?

—Así es y quien se casaba era usted.

—Ernest no soy una mujer de supersticiones, pero...

—Dos noches antes de la repentina muerte de Bill, mi hermano mayor, vi una mariposa negra en mi habitación. ¿Sabe lo que significa?

Negué con la cabeza.

—Un mal augurio se aproxima y quiero que la vea sobre la rosa que está a su espalda.

Entonces giré deprisa y lo confirmo: hay una mariposa negra sobre el pétalo de una de las rosas que están sobre mi escritorio. Es inquietante

y no quiero pensar en nada malo. Pero ato cabos: los chicos afuera de mi consultorio, lo que no me contó Alma parecía grave. ¿Qué más puede pasar?

—Yo tampoco soy un hombre de supersticiones, pero sí debería de cuidarse.